

ranzas que me da ese inventario, habré doblado mi renta...

—¿Y estará usted casado? —interrumpió Obenreizer.

—Y estaré casado dentro de un año. Adios. ¡Buenas noches!



VENDALE SE DECIDE

Al día siguiente, cuando, por la mañana entró Vendale en su despacho, estaba en muy nuevas disposiciones. Ya no le parecía insípida su rutina comercial de la Encrucijada de los Cojos: en lo sucesivo, Margarita estaba interesada en la cas. Todo el movimiento originado allí por la muerte de Wilding—a raíz de la cual el socio tuvo que proceder a la tasación exacta del valor de la sociedad,—el balance de los registros, la cuenta de débitos, el inventario del año, todo esto se transformaba ahora a los ojos de Vendale en una especie de máquina, en una ruleta que indicaba las probabilidades favorables o desfavorables de su boda. Luego de examinar los resultados que el tenedor de libros le mostraba y de comprobar las sumas y restas efectuadas por el empleado, Vendale concentró su atención en el departamento del pró-

ximo inventario, y mandó a las bodegas a un mensajero que pedía un informe.

Pronto apareció Joey Laddle. Pasó la cabeza por la puerta del despacho entornada; esa diligencia inducía a pensar que aquella mañana habría ocurrido algún acontecimiento extraordinario. Había cierto principio de viveza en los movimientos del mozo de bodega; y hasta se leía en su rostro algo que semejaba alegría.

—¿Qué pasa?—preguntó sorprendido Vendale,—¿alguna mala noticia?

—Quisiera hacerle observar, señorito Jorge, que nunca me he erigido en profeta...

—¿Quién lo pretende?—preguntó Vendale.

—Ningún profeta ha vivido bajo tierra, si he entendido bien lo que de tal profesión he oído decir—añadió Joey.—Ningún profeta ha estado nunca desde la mañana hasta la noche tomando vino por los poros, durante veinticinco años. Cuando dije al señor Wilding, mi pobre y joven amo difunto, que, al mudar el nombre de la casa, había mudado también la suerte de ella, ¿me constituí en profeta?... No... Y, sin embargo, ¿ha sucedido todo lo que dije?... Sí... En tiempo de Plebesson Sobrino, nunca se supo, señor Vendale, lo que era cometer un error en una carta de consignación...

Pues bien, ahora, he aquí uno... Pero le ruego que note que dicho error es anterior a la venida de la señorita Margarita a esta casa; por lo tanto, no cabe deducir que yo me he equivocado al anunciar que los cantos de la bella señorita habrían de traernos la suerte...—Lea usted esto, señor... Lea—prosiguió, indicando con el dedo un pasaje del informe.—Es cosa ajena de mi temperamento desacreditar la casa en donde sirvo. Pero, en realidad, señorito Jorge, un deber imperioso me ordena esclarecerle en este momento. Lea usted.

Vendale leyó lo siguiente:

NOTA CONCERNIENTE AL CHAMPAÑA
SUIZO

Se ha descubierto una irregularidad en la última consignación recibida de la casa Defresnier y Compañía.

Vendale se detuvo y consultó su memorándum.

—Este asunto data de la época de Wilding—dijo.—Había habido buena cosecha, y él la tomó entera. El Champaña suizo ha sido una buena operación ¿verdad, Joey?

—No digo que haya sido mala. El vino hubiese podido estropearse en las des-

piensas de nuestros clientes. Pero no digo que en nuestras manos haya sido malo el negocio. Lea usted, señor.

Vendale prosiguió la lectura.

Vemos que el número de cajas está conforme con la mención hecha en nuestros libros; pero seis de estas cajas, que además tienen una ligera diferencia en la marca, han sido abiertas, y contienen vino tinto en vez de champaña.

Suponemos que el error cometido en Neufchatel será debido a la semejanza de las marcas (a pesar de la ligera diferencia mencionada). Este error se limita a seis cajas.

—¿No hay más?—preguntó Vendale, arrojando lejos de sí la carta.

Los ojos de Joey Laddle siguieron tristemente al papel que rodaba por el suelo.

—Me alegro de verle tomar la cosa tan poco a pechos, señor—dijo.—Suceda lo que sucediere, siempre será para usted un alivio pensar que no le ha entristecido esto. Con frecuencia, un error conduce a otro. Un hombre deja caer descuidadamente una corteza de naranja en el suelo; otro hombre la pisa; he ahí tarea para el hospital y un estropeado para la vida. Me congratula ver que usted acoge tan ligeramente lo que acabo de notificarle. En tiempo de Plebesson y Compañía, no hubiéramos tenido repo-

so hasta descubrir la cosa. Muy lejos de mí la idea de desacreditar la casa, señorito Vendale. Le deseo que nunca se arrepienta de ese modo de proceder. Y esto se lo digo sin ofenderle, señor, sin ofenderle...

Al mismo tiempo, Joey abrió la puerta, echando en torno suyo una mirada de mal agüero, antes de franquear el umbral.

—¡Eh!—exclamó.—Soy melancólico y estúpido, es cierto; pero soy un viejo sirviente de Pebleson Sobrino, y deseo que no le disgusten esas seis cajas de vino tinto que le han dado por otro vino... lo deseo...

Al quedarse solo, Vendale se echó a reír.

—Conviene escribir al momento, para no olvidarlo.

Y escribió en estos términos:

«Muy señores nuestros: Estamos efectuando el inventario. Hemos notado un error en la última consignación de champaña expedida por su casa a la nuestra. Seis de las cajas contenían vino tinto, que devolvemos a ustedes. La cosa puede repararse muy fácilmente, enviándonos ustedes seis cajas de vino de Champaña—si pueden;—de lo contrario, nos abonarán en cuenta el valor de esas seis cajas, por la suma

»de quinientas libras, que recientemente
»hemos pagado a esa casa.

»Sus affmos.,

Wilding y Compañía.»

Expedida esa carta, pronto desapareció de la imaginación de Vendale el asunto. Tenía que pensar en otras cosas más interesantes, por lo visto. El mismo día hizo a Obenreizer la visita que éste esperaba. Convinieron en que cada semana se reservarían varias veladas para sus entrevistas con Margarita, siempre en presencia de un tercero. Sobre este punto insistió cortesmente Obenreizer, pero con inflexible obstinación. La única concesión que otorgó a Vendale fué dejarle escoger a esa tercera persona, y, confiando en la experiencia adquirida, el joven eligió sin titubear a la excelente mujer que zurcía las medias de Obenreizer durmiendo. Al saber la responsabilidad que iba a pesar sobre ella, mostróse agitadísima la señora Dor. Esperó que se separase de ella la gente de Obenreizer y miró a Vendale moviendo picarescamente sus enormes párpados, y luego se separaron.

Pasaba el tiempo. Las felices veladas junto a Margarita deslizábanse con demasiada rapidez. A los diez días de haber escrito a la casa suiza, halló Vendale una

mañana la respuesta, en su pupitre, con las demás que le trajo el correo.

«Muy señores nuestros: Les rogamos
»nos dispensen el pequeño error de que
»se quejan. Al mismo tiempo, sentimos
añadir que las investigaciones de que
»ese error ha sido causa, nos han guiado
»a un descubrimiento inesperado, por-
»que es un asunto gravísimo para usted-
»des y para nosotros.

»Como no teníamos más Champaña de
»la última cosecha, nos arreglamos para
»acreditar a su casa el valor de las diez
»cajas que ustedes saben. Entonces, y
»para obedecer a ciertas formalidades
»que solemos observar, nos hemos en-
»terado, tanto por los libros de nuestro
»banquero como por los nuestros, y nos
»ha sorprendido adquirir la certidumbre
»de que no ha podido llegar a nuestra
»casa ningún pago en dinero, de la natu-
»raleza del pago de que ustedes nos ha-
»blan. Estamos igualmente persuadidos
»de que no se ha entregado cantidad al-
»guna para nosotros en el Banco.

»En el extremo en que se hallan las
»cosas, obvia fatigar a ustedes con deta-
»lles inútiles. Indudablemente, ese di-
»nero habrá sido robado en el trayecto
»que ha debido recorrer para llegar de
»sus manos a las nuestras. Ciertas parti-
»cularidades relativas al modo de come-

»terse el fraude, nos inducen a pensar
 »que el ladrón puede haber esperado
 »ponerse en condiciones de pagar a
 »nuestros banqueros la cantidad subs-
 »traída, antes que se descubriese la subs-
 »tracción al sacar las cuentas de fin de
 »año. Estas cuentas no deben efectuarse
 »hasta dentro de tres meses. A no ser
 »por la actual circunstancia, hubiéramos
 »podido ignorar hasta el fin el robo de
 »que son ustedes víctimas.

»Les comunicamos este último dato,
 »que les demostrará que no tenemos que
 »habérmolas con un ladrón vulgar, y
 »esperamos que se sirvan ustedes ayu-
 »darnos en las indagaciones que vamos
 »a comenzar, examinando ante todo el
 »recibo que les habrá llegado como si
 »emanase de nuestra casa y que no pue-
 »de menos de ser falso. Tenga la bondad
 »de cerciorarse, en primer lugar, de si
 »la factura está enteramente manuscri-
 »ta o si está impresa y numerada. En
 »este último caso, no han tenido que ha-
 »cer más que inscribir el importe de la
 »suma. Este detalle, fútil en apariencia,
 »es importantísimo, créanlo ustedes.

»Esperamos con suma impaciencia su
 »respuesta y nos reiteramos de ustedes
 »atentos s. s.,

»*Defresnier y Compañía.*»

Vendale dejó la carta sobre el escri-

torio y esperó unos momentos, para dar a su espíritu tiempo de reponerse del golpe que acababa de recibir. En el instante en que tan preciosa importancia tenía para él ver aumentar las rentas de su casa, perdía quinientas libras. Pensó en Margarita, al tiempo que cogía la llave de una cámara de hierro practicada en la pared, en donde estaban guardados los libros y documentos de la sociedad. Aun se hallaba allí, buscando el maldito recibo, cuando se estremeció al son de una voz que le hablaba.

—Dispéñeme usted... Me temo haberle molestado...

Era la voz de Obenreizer.

—He venido a verle—añadió el suizo—para saber si puedo servirle en algo. Asuntos personales me obligan a ir unos días a Mánchester y Liverpool. ¿Quiere usted que de paso me cuide de los suyos? Estoy del todo a su disposición, y... puedo ser viajante de la casa Wilding y Compañía...

—Dispéñeme unos minutos—dijo Vendale;—ahora hablaremos.

Y dicho eso, continuó revolviendo papeles y examinando registros.

—Ha llegado usted oportunamente—dijo:—los ofrecimientos de la amistad me son más preciados ahora que nunca; puesto que esta mañana he recibido malas noticias de Neufchatel.

—¡Malas noticias!—exclamó Obenreizer.

—De Defresnier y Compañía.

—¿De Defresnier?...

—Sí: una cantidad de dinero que les habíamos enviado ha sido robada. Me amenaza una pérdida de quinientas libras.

—¿Qué es eso?—dijo Obenreizer.

Y al volver a su despacho, Vendale vió que su carpeta acababa de caer al suelo, y que Obenreizer recogía de rodillas su contenido.

—¡Qué torpe soy!—exclamó el suizo. —Me ha sorprendido tanto la noticia que usted me da, que al retroceder...

Se interesaba tan profundamente en reunir los diversos papeles caídos de la carpeta, que no acabó la frase.

—¡No se moleste tanto!—dijo Vendale.

—Un escribiente recogerá todo eso...

—¡Maldita noticia!—repitió Obenreizer, que continuaba recogiendo cartas y sobres.—¡Mala noticia!

—Si leyera usted la misiva que acabo de recibir—prosiguió Vendale,—vería que no me falta razón para alarmarme. ¡Mire usted! Ahí está, abierta, sobre el pupitre.

Y Vendale continuó su busca; un minuto después, encontraba el recibo falso. Era, en efecto, el mismísimo modelo impreso y numerado que le indicaba la

casa suiza. Vendale anotó el número y la fecha. Después de archivar el recibo y cerrar la cámara de hierro, entretúvose en observar a Obenreizer, que leía la carta de Defresnier, al otro extremo del cuarto, en el hueco de la ventana.

—Acérquese al fuego. Ahí está usted tiritando de frío; voy a llamar para que traigan carbón.

Obenreizer se aproximó lentamente al pupitre.

—Margarita sentirá tanto como yo esta noticia—dijo en tono amistoso;—¿qué piensa usted hacer?

—Estoy a discreción de Defresnier y Compañía—contestó Vendale.—En la ignorancia absoluta de las circunstancias en que se ha perpetrado el robo, no puedo hacer sino lo que me recomienden ellos. El recibo que tenía yo hace un rato, está impreso y numerado. Parecen atribuir especial importancia a este detalle. ¿Por qué?... ¿Puede decírmelo usted, que ha debido de adquirir cierto conocimiento de sus negocios cuando pertenecía usted a su casa?

Obenreizer reflexionó.

—¡Si examinase el recibo!—dijo.

—¡Bueno!—exclamó Vendale, asombrado por la transformación que acababa de producirse en su fisonomía.—¿Se siente usted mal? Acérquese al fuego, se lo repito. Parece usted aterido...

¡Oh! ¡Supongo que no irá a caer enfermo!

—No sé—dijo Obenreizer.—Tal vez me haya enfriado. El clima inglés hubiera hecho bien en perdonar a uno de sus admiradores... Pero, muéstrame el el recibo...

En tanto que Vendale abría otra vez la cámara de hierro, Obenreizer tomó una silla y se sentó; tendió ambas manos por encima de la llama.

...—¡El recibo!—repitió con extraordinaria viveza, cuando reapareció Vendale con un papel en la mano.

En el mismo instante, entraba el portero, con una provisión de carbón de piedra; su amo le recomendó que hiciera buen fuego. Obedeció el hombre con funesta premura. Dió algunos pasos adelante, y en tanto que alzaba el cubo lleno de carbón, enredóse el pie en una arruga de la alfombra. Vaciló, y todo el carbón contenido en el cubo cayó a la rejilla; ahogóse la llama de un golpe y una enorme humareda amarillenta invadió el cuarto.

—¡Estúpido!—balbució Obenreizer, dirigiendo al desdichado portero una mirada que aun recuerda éste, después de tantos años.

—¿Quiere usted venir a la oficina de los empleados?—preguntó Vendale.—Hay estufa.

—No hay necesidad.

Y tendió la mano. Y su mano temblaba.

Vendale le dió el recibo. El interés que Obenreizer aparentaba tomarse en este asunto, pareció desvanecerse tan súbitamente como el mismo fuego, así que aquél fué dueño del papel. No hizo más que echarle una ojeada.

—No—dijo,—nada comprendo. Siento no poder esclarecerle.

—Escribiré, pues, a Neufchatel, por el correo de esta noche—dijo Vendale, guardando por segunda vez el recibo.—Tenemos que esperar y ver lo lo que sucede.

—Por el correo de la noche—repitió Obenreizer.—¡Veamos! Tendrá usted contestación dentro de ocho o nueve días. Yo estaré de vuelta antes. Si puedo servirle como viajante de comercio, dígamelo. En ese caso, envíeme instrucciones escritas. Muchísimas gracias... Tengo gran curiosidad por saber la respuesta de Defresnier. ¿Quién sabe? Tal vez no sea esto más que un error... ¡Animo, amigo, ánimo!

No parecía nada presuroso cuando llegó a la casa, y ahora cogía a toda prisa el sombrero y se despidió como un hombre que no puede perder un instante. Vendale empezó a andar pensativo por los cuartos.

Su primera impresión sobre Obenreizer habíase modificado mucho durante aquel nuevo coloquio, y se preguntaba si habría cometido la falta de juzgarle demasiado severamente y con demasiada prisa. Y es que la sorpresa y el pesar del suizo al saber la enfadosa noticia que acababa de recibir la casa Wilding y Compañía, tenían gran carácter de franqueza. Véase claramente que aquellos pesares los sentía honradamente, y la expresión que les había dado Obenreizer distaba mucho de la simple y vulgar cortesía de rúbrica. Teniendo que luchar a su vez con preocupaciones personales, padeciendo acaso con los primeros ataques de una enfermedad grave, no por eso dejó de tener en aquella circunstancia el aspecto de un hombre que deplora en el fondo del corazón el mal que sucede a su amigo. Hasta entonces, Vendale había intentado vanamente concebir una opinión más favorable del tutor de Margarita, y esto, sólo por el amor de la misma Margarita. Pero, después de las pruebas de interés que acababa de darle Obenreizer, no titubeaba ya en pensar que había sido injusto para con él; todos los generosos instintos de su naturaleza decíanle que se había guiado demasiado rápidamente por ciertos indicios enfadosos.

—¿Quién sabe?—se decía a sí mismo;

—fácil es que haya leído yo mal en la fisonomía de ese hombre.

Otra vez transcurrió tiempo. Las felices veladas pasadas con Margarita huían veloces. Ya había llegado una vez más el décimo día del envío de la segunda carta de Vendale a Neufchatel. Llegó la respuesta.

«Muy señor nuestro: Nuestro principal socio, el señor Defresnier, ha tenido que ir a Milán por asuntos urgentísimos. En su ausencia, y con su entera participación, vuelvo a escribir a usted acerca de las quinientas libras desaparecidas.

»Su declaración de que el recibo falso se ha falsificado sobre un modelo impreso y numerado, nos ha producido sorpresa y pena indecibles. En la época en que se cometió ese fraude, no existían más que tres llaves que abrieran la caja de caudales en donde están guardados nuestros modelos. Mi socio tenía una de ellas; yo, la otra, y la tercera se hallaba en manos de una persona que entonces ocupaba en nuestra casa un cargo de confianza; antes pensaríamos acusarnos a nosotros mismos que engendrar alguna sospecha contra esa persona. Y, no obstante...

»No puedo decirle por ahora quién es dicha persona; no se lo diré mientras

»vea para ella un asomo de probabilidad
 »de salir honrosamente de las investiga-
 »ciones que vamos a comenzar. Perdón-
 »neme usted esta reserva, pues su causa
 »es loable.

»Muy sencilla es la índole de la inves-
 »tigaciones que vamos a efectuar. Hare-
 »mos que los peritos comparen nuestro
 »recibo con varias muestras de letra que
 »tenemos en nuestro poder. No puedo
 »enviar a usted dichas muestras, por
 »ciertas razones, que seguramente apro-
 »bará usted en cuanto las conozca. Rué-
 »gole, pues, que me envíe el recibo de
 »Neufchatel; y acompaño a esta súplica
 »algunas palabras indispensables para
 »poner a usted en guardia.

»Si la persona sobre la cual, a pesar
 »nuestro, se ciernen nuestras sospechas,
 »es realmente la que ha cometido la fal-
 »sificación, tenemos motivo para supo-
 »ner que varias circunstancias le hayan
 »puesto ya sobre aviso. La única prue-
 »ba contra la mencionada persona es el
 »recibo que usted tiene; ella moverá
 »cielo y tierra para obtenerlo de usted y
 »destruirlo. Le ruego, pues, que no con-
 »fíe tal documento al correo. Remítamelo
 »sin perder tiempo, por un mensajero
 »particular, y no escoja a ese mensajero
 »sino entre las personas que llevan mu-
 »chos años a su servicio. Conviene tam-
 »bién que sea hombre acostumbrado a

»viajar, que hable bien francés, que sea
 »valiente y honrado. Debe usted conocer-
 »le lo bastante para no temer que se deje
 »arrastrar durante el viaje por algún ex-
 »traño que intente trabar amistad con él.
 »No diga más que a él la naturale-
 »za de este asunto y el cariz que va a to-
 »mar. Le suplico que siga la interpreta-
 »ción *literal* de todas estas recomenda-
 »ciones que le hago, convencido como es-
 »toy de que de ellas depende el que llegue
 »a buen puerto el recibo falsificado.

»No me queda más que una cosa por
 »añadir. Y es que tiene suma importan-
 »cia la prontitud con que usted proceda.
 »Nos faltan varios modelos de recibos y
 »no podemos prever los fraudes que se
 »cometerán si no cogemos al ladrón.

»De usted atentos s. s. q. s. m. b.,

»Por Defresnier y Compañía,

»Rolland.»

¿Quién sería la persona de quien sos-
 pechaba?

Vendale creyó que en vano intentaría
 adivinarlo. Pero ¿a quién podría enviar
 a Neufchatel con el recibo? Cierto es
 que fácilmente se encuentra en la En-
 crucijada de los Cojos un hombre hon-
 rado y valiente. Pero, ¿en dónde estaba
 el hombre acostumbrado a viajar, que
 hablase bien el francés y con quien pu-
 diera contarse para mantener a distan-

cia a todo extraño que quisiera trabar amistad con él durante el camino?

Vendale no tenía en realidad más que un solo compañero a mano, uno solo que reuniera en su persona todas las condiciones requeridas. Era él mismo.

Gran sacrificio implicaba sin duda el dejar su casa; y aun mayor sacrificio era el separarse de Margarita. Pero, después de todo, se trataba de quinientas libras, y Rolland insistía tanto acerca de la *interpretación literal* de las diligencias por él aconsejadas, que no había que titubear para obedecerle. Cuanto más reflexionaba Vendale, con tanta mayor claridad se le presentaba la necesidad de su marcha.

—¡Partamos!—exclamó suspirando.

Cuando ponía bajo llave el recibo y la nueva carta, acudió a su mente cierta asociación de ideas que le recordó a Obenreizer. Pensó que, ayudado por éste, fuérale más fácil adivinar quién era el ladrón; Obenreizer podría dárselo a conocer.

Apenas había cruzado por su imaginación esa idea, cuando se abrió la puerta y entró Obenreizer.

—Me han dicho en Soho Square, que anoche se esperaba su regreso—le dijo Vendale, dándole la bienvenida.—¿Ha realizado usted buenos negocios en provincias?... ¿Está usted mejor?

—Mil gracias—respondió Obenreizer.—Mis negocios me han salido admirablemente... Me encuentro bien, ¡muy bien! Y ahora, ¿qué noticias hay? ¿Tiene usted cartas de Suiza?...

—Una carta extraordinaria por demás—dijo Vendale.—El asunto ha tomado nuevo giro, y de Neufchatel me recomiendan el más profundo secreto sobre las medidas que vamos a adoptar. El secreto debe guardarse para con todo el mundo.

—¿Sin exceptuar a nadie?—preguntó Obenreizer.

Y, al tiempo que repetía: «a nadie», retiróse con aspecto pensativo hacia la ventana, al otro extremo del cuarto, miró un momento a la calle y luego, volviendo hacia Vendale, dijo de pronto:

—Seguramente han perdido la memoria, puesto que ni siquiera hacen una excepción a mi favor.

—Rolland es quien me escribe—objetó Vendale;—como usted dice, debe de haber perdido la memoria. Esa parte del asunto me es totalmente desconocida. En el momento en que usted ha entrado, deseaba yo verle y consultarle. Sin embargo, estoy comprometido por una prohibición formal; pero no puedo creer que le concierna a usted.

Los ojos de Obenreizer, cubiertos por su nube, fijáronse en Vendale.

—Acaso sea eso más enfadoso—dijo.
—Esta mañana he venido, no sólo para saber noticias, sino también para ofrecerme a usted como intermediario o mensajero. ¿Lo creerá usted? He recibido cartas que me obligan a ir sin demora a Suiza. Hubiera podido encargarme de los documentos y papeles de este asunto y entregárselos a Defresnier.

—Es usted, en verdad, el hombre que me hacía falta—dijo Vendale.—No hace cinco minutos que buscando en torno mío y no encontrando a nadie que pudiera reemplazarme en el viaje, había resuelto emprenderlo yo mismo. Déjeme volver a leer la carta.

Abrió la caja de hierro para tomar de nuevo la carta. Obenreizer dirigió una rápida ojeada en derredor suyo para asegurarse de que estaban solos; le siguió a dos pasos de distancia, y parecía medirle con la mirada. Vendale era más alto que él y, probablemente, más fuerte. Obenreizer retrocedió y se acercó a la chimenea.

Entretanto, Vendale leía por tercera vez el último párrafo de la carta. En él había un aviso muy claro, y la última frase pedía al joven comerciante que lo siguiera al pie de la letra.

Por una parte, una gran cantidad de dinero en juego; por otra, una terrible sospecha por aclarar. Vendale compren-

dió que, si procedía a su guisa, y si luego ocurría cualquier acontecimiento que hiciese fracasar todas las medidas adoptadas, le achacarían a él la culpa, y la censura recaería sobre él únicamente. En su calidad de hombre de negocios, no podía tomar más que una decisión. Volvió a cerrar la carta bajo llave.

—¡Qué fastidio!—dijo a Obenreizer.—Sin duda hay en esto un olvido inconcebible por parte de Rolland, y que me coloca en una posición tonta y falsa frente a usted. ¿Qué debo hacer? Parece que teniendo tan gran interés en esta enfadosa aventura cuyos detalles ignoro, no tengo libertad para dejar de obedecer a mi corresponsal y que, por el contrario, debo conformarme sin resistencia a lo que dice. Creo que usted me comprenderá. Me ve usted esclavo de las órdenes que recibo, y no me cansaré de decirle cuánto me hubiera gustado aceptar sus servicios en esta ocasión...

—No hablemos más de eso—dijo Obenreizer.—Yo, en su lugar, no obraría de otro modo... No puedo, pues, ofenderme por su conducta, y le doy las gracias por su amabilidad... ¡Bah! Cuando menos, seremos compañeros de viaje. Usted saldrá hoy conmigo, hoy mismo.

—Hoy. Pero tengo que ver a Margarita, por supuesto.

—Claro está. Véala esta tarde. Me

coge usted de paso, y vamos juntos a tomar el tren. Nos iremos a las ocho, en el correo.

—En el correo—dijo Vendale.

Cuando Vendale llegó a la casa de Soho Square, era más tarde de lo que él creía. Ante él surgieron por docenas los asuntos suscitados por tan precipitada marcha. Obligaciones de todas clases, que no podía desatender, obligáronle a resignarse a la cruel pérdida de un tiempo tan corto y precioso que quería consagrar a Margarita. Con gran sorpresa y alegría suyas, la joven estaba sola en la sala cuando él entró.

—Poco rato tenemos, Jorge—dijo Margarita;—pero, gracias a la bondad de la señora Dor, podremos al menos pasarlo solos los dos juntos.

Le echó los brazos al cuello.

—Jorge—le dijo muy quedo—¿ha hecho usted algo que haya podido ofender a Obenreizer?

—¡Yo!—exclamó estupefacto Vendale.

—Calle; tengo que hablarle bajito. ¿Recuerda usted el retratito que me dió? Esta tarde, lo encontró él sobre la chimenea, no sé cómo. Lo cogió, lo miró, y yo le veía el rostro en el espejo... ¡Ah! Segura estoy de que usted le ha ofendido. El es vengativo, implacable, y tan mudo como una tumba... Jorge... ¡no se vaya usted!

—Amorcito mío—respondió Vendale, —se deja usted extraviar por su imaginación. Nunca hemos sido mejores amigos que ahora Obenreizer y yo.

Antes de que Margarita pudiera responder, un sonoro paso y el peso de un cuerpo majestuoso hicieron temblar el suelo del cuarto contiguo, y apareció la señora Dor.

—Obenreizer—dijo.

Luego se dejó caer pesadamente en una silla, en su sitio ordinario, ante la estufa.

Obenreizer entró con un saco de viaje.

—¿Está usted preparado?—preguntó a Vendale.—¿Puedo llevar algo de usted?... ¡Cómo! ¿No tiene saco de viaje? Yo acabo de comprar uno. Mírelo. Aquí está la bolsa para papeles. Está a su disposición.

—Gracias—dijo Vendale,—no llevo más que un documento importante, me veo obligado a no desprenderme de él, y está aquí, y aquí debe continuar hasta que lleguemos a Neufchatel.

Al decir esto, Vendale se tocaba el bolsillo. Sintió la mano de Margarita que estrechaba la suya. La joven examinaba a Obenreizer hasta el fondo del alma. Pero ya éste se había vuelto hacia la señora Dor, despidiéndose de la buena señora.

—¡Adiós, sobrina querida!—exclamó

volviendo hasta su pupila, espantada y pálida.—Vamos, Vendale. ¿Está usted ya listo? ¡En marcha! ¡En marcha, para Neufchatel, amigo!

Dió un ligero golpecito a Vendale en el pecho, en el sitio en donde estaba el bolsillo que contenía el recibo, y salió delante.

La última mirada de Vendale fué para Margarita.

Las últimas palabras de la joven fueron éstas:

—¡No se marche usted!

ACTO TERCERO